

VIAJE POR LA TOPONIMIA DE LOS PUEBLOS DEL VALLE DEL TIÉTAR

FULGENCIO CASTAÑAR

Una de las formas de entrar en contacto con el pasado de nuestros pueblos es, al pasear por sus calles, limpias y recoletas, fijarnos en sus nombres. Hay ocasiones en que nos orientan sobre su sentido: calle del Río, del Arroyo Lobo, Arroyohondo, de la Barranca, del Ejido, de la Costarrera, de la Lancha, de las Majadas, del Prado, del Pradillo, de la Ermita, Subida al castillo. En cada pueblo hay varias que nos indican que por ellas se iba hacia los pueblos cercanos, hacia la *Dehesa* o hacia algún punto de su geografía de especial relevancia como *Canto de la Virgen*, en Sotillo, o era el camino hacia la *Viñuela*, como sucede en El Hornillo, o hacia el *Hoyuelo*, en Guisando. Encontramos otros nombres en que se nos informan de algún inmueble importante para la vida de los lugareños; así, en todos los pueblos hay una que nos lleva a la *Iglesia*, en otros hay la del *Mercado*, la del *Horno*, la de la *Posada* y también existen otras denominaciones como del *Molinillo*, del *Rollo*, un signo del poder feudal en la España medieval, del *Pósito*, una institución municipal que los Borbones pusieron en marcha para con el almacenamiento del trigo evitar las grandes hambrunas que diezmaron la población...

Otros nombres nos informan de una peculiaridad relacionada con la fase de crecimiento del pueblo y su forma o situación geográfica o de la presencia de algún elemento físico característico, como la calle *Nueva*, la *Larga*, la *Carrellana*, del *Altozano*, del *Cerrillo*, la *Nava*, la *Lanchuela*, la *Canchuela*, el *Canchal*, la *Umbría*, *Llano*, *Llanazo*, del *Arco*, de la *Cuesta*... Hay rótulos que aluden a una vegetación existente en algún momento; en unos casos se trata de una unidad, como la calle del *Naranjillo*, en San Esteban, o paseo del *Olmo* en Sotillo; en la mayoría de las circunstancias los nombres incluyen un número inde-

finido de plantas muy abundantes en la zona, como las *Higueras Altas* en Casillas o los *Nogales* en Casavieja, *La Nogalera*, *Paraje de los espinos*, *Espinarejos* y *Olivillas*, en Mijares y en Pedro Bernardo, y el resonante *Castaños de la Villa* en La Adrada, adquiere un tono menor —*Castañuelos*— en Candeleda. Por haber perdido la importancia económica que durante cierto tiempo tuvo, puede sorprender que en Candeleda haya una denominada calle del *Moral*; sin embargo, durante el siglo XVIII la producción de la seda tuvo mucha importancia en el valle del Tiétar como consecuencia de su cercanía con Talavera ya que en esta ciudad se erigió una fábrica, por encargo real, que supuso un fuerte impulso económico para la vida de los pueblos cercanos aprovechándose también de esa fuerza expansiva toda la zona que

riega el Tiétar pues los morales se plantaron tanto en la comarca cacereña como en la abulense. Algo parecido, pero más remoto, podemos decir de la que lleva el nombre de *Linarejo*, en Guisando; el nombre de este lugar nos recuerda la importancia del lino en la zona, no en vano era la planta textil básica en la Edad Media; la toponimia nos recuerda el nombre *Poyales* tanto en la población de los hoyancos como en un sitio en Casavieja.

En una zona que ha rendido culto al vino por cifrar una parte de su economía en la vid no puede faltar la presencia de la uva en las llamadas de las *Parras* y la de *Parrones*, pero, si ya hemos visto que había un camino que nos conducía a una *Viñuela*, también hay, en La Adrada, una calle *Viña de la Ladera* y como complemento no podía faltar el lugar de venta, la calle de

Mesones; igualmente también han de haber abundancia de referencias en una comarca en la que el agua ha sido el imán que ha atraído a los pobladores a lo largo de su historia, nombres relacionados con el líquido vital: *Fuentequilla Fuente Nueva*, *el Fontarrón*, *el Charquito*, *Venero Blanco*, *Chorretón*, *Fuente La Teja*, *del Cañito*, *Fuente de la Salud*, *Venero Mañas*, *el Charcón*, *Pozas*, *Chorrito*... Todos ellos, como puede verse, nos resultan aún en lo principal claros pese a que el lugar en el que los podamos encontrar no esté ya, por ejemplo, la *Fuente de Arriba* como consecuencia del urbanismo moderno. También es un reflejo nítido de un período en que convivían gentes de distintas culturas la presencia de una calle en Arenas llamada de la *Sinagoga*, una calle que se explica porque en esta localidad había una comunidad bastante importante de judíos (1).

Sin embargo, quizás en más de un sitio puede quedarse un enigma prendido en la mente del viandante si, al encontrarse, por ejemplo, con la calle de la *Cruz Verde*, —ya sea en Arenas,



Cruz del Mentidero, Arenas de San Pedro. Foto de Wunderlich de principios de siglo.

ya sea en Santa Cruz—, uno ignora que ese color era el que usaban como distintivo en el emblema los miembros de la Inquisición y que se mostraba como emblema en el edificio en que tenían acomodo las personas relacionadas con esta institución. Sería muy interesante y, sin duda, curioso conocer la vivencia inicial de las denominaciones de muchas calles y es un campo de investigación que me parece que está por realizar, aunque ya don Marcelo Gómez Matías en las sucesivas ediciones de su «Almanaque» apuntara datos valiosos sobre alguna de ellas, datos que hemos aprovechado nosotros y otros investigadores en más de una ocasión (2). Él nos da la clave para conocer que lo que se encierra bajo el rótulo *Calle de la Niña perdida* es una turbia historia. Una niña desaparece y días después aparece en un pozo tras haber sido asesinada y violada. Una copa de más delatará al criminal una noche en una taberna y prendido por la justicia, pagará por su delito. En alguna versión oral que ha llegado a nosotros en esta historia subyacía un componente antijudaico al achacar al asesino la procedencia judía.

En lo concerniente a otros nombres hemos de confesar que no siempre hemos sido tan afortunados. ¿Qué se esconde tras el nombre de *La Regalada*? ¿Tendrá algo que ver con aquella donación a partir de la cual Antonio Gala elabora su drama *Petra Regalada*? En este camino de dubitaciones el paseante que recorra las calles de Arenas se puede quedar estupefacto ante la que se denomina *Amargura* y, acaso más aún, ante la calle de la *Sorpesa*, sin que tengamos datos para saber la razón de estos nombres que están en línea con la calle de El Arenal que recibe el nombre de *Angustias*.

En ocasiones el nombre puede encerrar una crítica a comportamientos de algunos vecinos, como esa calle de la *Discordia*, en San Esteban, claramente alusiva a alguna disputa vecinal; en cambio, en Higuera de las Dueñas invitan a la buena armonía con la plaza de la *Concordia*. Otras tienen un origen muy diferente; algunas pueden ser un homenaje a alguna personalidad; destacan, lógicamente, las que llevan nombres propios de personajes que han tenido una relación directa con la vida de los hombres del Valle; por ejemplo, aquellas calles o plazas que recuerdan a los nobles que han tenido el dominio jurisdiccional sobre algunos de los pueblos. En Arenas está la plaza del *Condestable Dávalos*, la calle de *Don Álvaro de Luna* y la de su mujer, conocida como *La triste Condesa*, figuras sobresalientes —a las que ha-

bía que unir al menos otros dos nombres claves: el de San Pedro de Alcántara —en Candeleda *San Bernardo*— y el del infante *Don Luis de Borbón*—; sobre estas personas hay abundante bibliografía siendo de interés señalar la aportación de Eduardo Tejero Robledo en lo concerniente al Valle del Tiétar tanto para los señores de Arenas como para los de Mombeltrán que le dedica una a *Don Beltrán de la Cueva*, y *La Adrada* (3).

Hay también nombres de calles que llevan los de algunas personalidades del mundo de la cultura cuyo nombre se escogió, igual que en tantos pueblos de España, como un homenaje a su obra y a su vida —*Santa Teresa*, *San Juan de la Cruz*, *Cervantes*, *Isaac Peral*, *Ramón y Cajal*, *Emilio Castelar*...—; en algún caso, como la que lleva el nombre del último premio Nobel español, *Camilo José Cela*, en Candelada, para recordar su estancia en la localidad y lo mismo podía hacerse en otros pueblos del Valle del Tiétar por los que transcurrieron las andanzas que cuenta en un capítulo de su obra *Judíos, moros y cristianos*. En otros casos se ha reconocido la labor de algún hijo o vecino del pueblo; no es para menos si la figura es de tal entidad que llega a los mismísimos altares como sucede con San Pedro Bautista, natural de San Esteban del Valle; si la relevancia ha sido menor, en estos casos sucede que, con el paso del tiempo, los nombres de las calles adquieren un tono enigmático para el viandante foráneo y también para los naturales del pueblo, pues suele ocurrir que el conocimiento de la vida y labor del titular de la calle se diluye de padres a hijos de forma que, una vez transcurrido el período de tiempo que dura la vida de quienes les trataron, la significación del nombre de la calle queda casi en el desconocimiento general; esto acaso pudiera decirse de calles erigidas a algunos médicos como las que llevan los nombres de los doctores *Lorenzo Velázquez*, *Díaz Palacio*, *Rodríguez Miñón*, la primera de Arenas y las otras dos de Sotillo, o la del *Maestro Crisóstomo Zamora*, en Casillas. Esperemos que ese silencio o desconocimiento no caiga sobre las figuras más insignes que ha dado el Valle del Tiétar, por un lado, en Fresnedilla nació el pintor *Martínez Vázquez*, al que se le ha dedicado una calle en su pueblo natal; Pedro Bernardo ha erigido un monumento al hijo preclaro, el científico *Arturo Duperier*, sobre la obra de este último es de lamentar que no haya sido conocida aún en su auténtica dimensión por haberse producido una parte im-

portante en el exilio y ser su especialidad la investigación física, algo que no está entre los intereses populares.

En el nomenclátor de los pueblos del Valle del Tiétar, junto a nombres que quieren ser muestra de gratitud y alegría también los hay de tristeza; nos referimos a esas calles con las que se ha querido recordar a los muertos en la última guerra que, por las circunstancias propias de un nacionalcatolicismo triunfante, llevan el nombre de *Mártires*; no lejos de éstos se pueden encontrar otras calles con las que vencedores recuerdan a los *Héroes del Alcázar* y ensalzan al *Ejército español*, *Aviación española*, plaza de la *Benemérita* y, más en concreto, a algunas figuras del mundo de la milicia, especialmente al *General Monasterio* y al *Comandante Doval*, que tuvieron un mérito importante en la recuperación de la comarca para las tropas insurrectas (4).

Dentro de este tipo de nombres acaso ninguno sea tan sentido y llorado como el que se evoca con la plaza de las *Víctimas*, en Arenas. Todos, hasta los niños, saben en el pueblo que esa plaza es un recuerdo perenne erigido a quienes perecieron en los días aciagos de la guerra de la Independencia. Como la memoria selecciona aquello que puede ayudar al individuo y a los pueblos a vivir, de aquellos días sólo quedaba en pie el recuerdo de los abusos y de la represión efectuada por las tropas francesas o al servicio de los Bonaparte. Una versión de primera mano, en el sentido apuntado, es la que encontramos en el *Libro de defunciones* de la parroquia en el que el cura hizo una síntesis de la desgracia que sufrió el pueblo.

Hoy día poseemos una versión de los ejecutores en la que se relatan los hechos y también los antecedentes que los originaron. Se trata de unas memorias de un militar alemán que rescata el escritor Eduardo Tejero en su obra de 1990.

En los momentos bélicos los grandes desplazamientos de tropas se han efectuado, así como las batallas, por las llanuras meseteñas; a los pueblos de las faldas de Gredos se les asignaba la misión de proveedores. Ese cometido fue el que encargó el general Víctor a un grupo de soldados a principios de 1809 a los que envió al valle del Tiétar.

Los arenenses que estaban en armas como todos los pueblos de España y conocían los abusos cometidos el año anterior en Talavera, utilizaron una técnica que se había usado y se repetiría en otros lugares. Tras agasajar con vino a los franceses luego les fue fácil acabar con 24 de los expedi-

cionarios. Uno que logró escapar dio cuenta de lo ocurrido y el general Leval fue el encargado de organizar una expedición de castigo. En su venganza dieron muerte a cuantas personas encontraron en el pueblo, destruyeron los enseres de las casas y prendieron fuego al municipio. Quien relata este triste episodio asegura que la columna de humo podía ser percibida desde Talavera (5). Entre las pérdidas irreparables, numerosas vidas, el convento de los agustinos y el archivo municipal.

No ha sido éste el único episodio en que la insania ha cegado al hombre. En 1355 Mombeltrán, entonces conocida como El Colmenar, sufrió unas jornadas similares. Eran aquellos tiempos años de luchas civiles entre los hermanos Trastámara que luchaban por la corona de Castilla. De Ávila, en la que se escudaba el rey don Pedro, llegaron al Barranco órdenes de que cortasen el paso a don Enrique, que viajaba de Toro hacia Talavera. Hostigaron el paso a los levantiscos y causaron muchas muertes, incluso se atrevieron, según cuenta Ildefonso Fernández al historiar el pasado de Talavera, a perseguirles allende el Tiétar. Luego, agrupadas fuerzas de los insumisos don Enrique

y don Fadrique, El Colmenar fue pasto de las llamas y dieron muerte a cuantos hallaron a su alcance.

Quizás por resultar triunfador don Enrique no se pudo erigir un monumento que recordase, por pequeño que fuese, aquellos días de dolor en la vida de los barranqueños y el hecho permanece en el olvido porque la que actualmente se llama *Mártires de la Villa* parece aludir a acontecimientos más recientes, los de la guerra civil de 1936; este nombre está en la línea de otros muchos, como de los *Mártires de Sotillo*, de los *Caídos*, y naturalmente con el homenaje al mundo de la milicia y a sus generales más notables —en El Arenal hay varias de este tipo— que ya hemos recordado anteriormente, nombres que pueden encontrarse en aquellos pueblos del Valle en que aún no se ha procedido a una modificación de los muchos nombres impuestos por los vencedores; se conservarán, sin duda, en aquellos que corresponden a calles de reciente creación.

Pasan los acontecimientos o la causa que originan los nombres pero éstos permanecen como testigos mudos de ese pasado. Ahí está la plaza del *Castillo*, en Candeleda, cuando de la edificación que erigieron los Zúñiga ya no queda nada en el lugar y hasta se duda, en alguna publicación, de la existencia del mencionado inmueble. Dentro de algunos años la trashumancia quedará en el olvido, sin embargo, en Higuera de las Dueñas, en Fresnedilla, en Candeleda y en Cuevas, aunque no se refieran a la misma, por la importancia que ha tenido en la vida local quedará en pie, gracias al nombre, el recuerdo con esa calle de la *Cañada* en torno a la cual se articulan estas poblaciones.

Es un fenómeno inevitable el que muchos nombres de calles pierdan el carácter informativo con el que surgieron porque hayan cambiado las circunstancias que los originó. Ya nada nos dicen calles, en otro tiempo entrañables, como las del *Martinete*, *Tenería*, *Peguera*, *Herrerías*, *Fragua*, *Heredad del Conde*, *Huertos Nuevos*, *Torrechica*, *Regajillo*, *Tejares*, *Adobes*, *Eras*... Quedarán como mudos testigos del pasado para quien se detenga a reflexionar sobre su significación;

pese a que se modifique el contenido que encerraron, siempre podremos encontrar en ellos, ése es el tesoro que encierra la toponimia, un hilo que nos ayude a evocar una estampa de ese gran mural que es la vida de cada uno de nuestros pueblos.

NOTAS

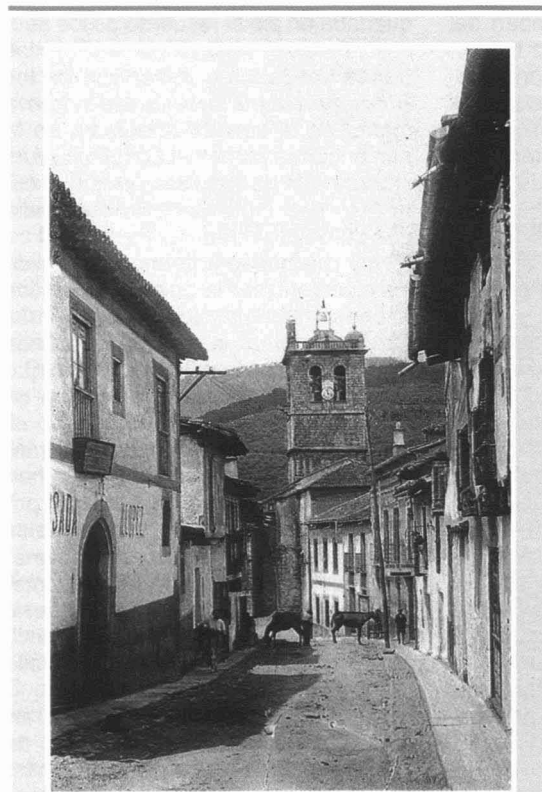
(1) Eduardo Tejero, en su libro sobre *Mombeltrán*, S.M., 1973, Madrid, recoge la presencia de moros y judíos en Candeleda, Arenas, Mombeltrán y en El Barranco. Lo atestigua con la cédula en que el rey Enrique IV dona a don Beltrán de la Cueva la «villa de El Colmenar de Arenas»; en ella se puede leer que incluye a «todos los vasallos así cristianos como moros e judíos que agora ahí viven e moran e vivieron e moraren de aquí en adelante» (pág 71). El capítulo lo cierra con la cita de otro documento en el que consta que de siete personas de Mombeltrán procesadas por la Inquisición de Ávila, cuatro fueron quemadas entre 1496 y 1500.

(2) Don Marcelo Gómez Matías, párroco de Arenas durante muchos años, publicó, desde 1916 a 1967, un anuario bajo el título genérico de *Almanaque Parroquial* y cambia según el lugar al que haya sido destinado como sacerdote. La mayoría de los números corresponde a sus estancias, en dos períodos diferentes, en Arenas. Utilizamos sus datos al hablar sobre «La literatura en el Valle del Tiétar» en el artículo publicado en *Cuadernos Abulenses*, n.º 18, julio-diciembre 1992. Sobre la toponimia, en general, hay datos importantes, especialmente para los nombres de los diferentes pueblos y de sus sitios campestres más significativos en el libro *Toponimia de Ávila*, de Eduardo Tejero Robledo, publicado por la institución Gran Duque de Alba, de Ávila, en 1983.

(3) Los datos pueden encontrarse en los libros que dedica a divulgar los aspectos más sobresalientes de Arenas, Mombeltrán y, para lo relacionado con el infante don Luis Antonio de Borbón en el titulado *Arenas de San Pedro y el Valle del Tiétar*, (Fundación Marcelo Gómez Matías, Arenas de San Pedro, 1990)

(4) Es interesante la aportación que al estudio de este aspecto de la historia del siglo XX dedica José María González Muñoz en su *Historia y vida de Casavieja Valle del Tiétar*, (1997).

(5) De la relación que el cura don José Carromolino anotó en el libro de Defunciones —y que don Marcelo reprodujo en el almanaque de 1917— citamos unas frases de síntesis para que se tenga una idea general sobre el acontecimiento. «(..) en el día veinticinco de Febrero de 1809, padeció la villa de Arenas, saqueo, degüello e incendio causado por las armas francesas que el dicho día vinieron al mando del general Leval, fueron muertos treinta y una personas de ambos sexos, y heridas once, de las cuales murieron nueve después de mucho padecer y solo dos sanaron enteramente».



Calle de Mesones, hoy de Bernardo Chinarro. Arenas de San Pedro. Foto Yllera editada como postal en los años 20 o 30 por la ferretería Platón Pérez.